

A Sergio Jiménez

In memoriam

MARTHA BÁTIZ

“Stanislavsky no existe”, decía el letrero pegado a la puerta. Había otros iguales colgando de las paredes del vestíbulo y en las puertas del salón de clases, la oficina y el baño. Eso era lo primero que uno veía al entrar al taller del Profesor Sergio Jiménez en Televisa, al cual ingresé como alumna a mediados de 1994.

Todo sucedió porque al solicitarle al Tigre Azcárraga un gafete para poder entrar a sus instalaciones de San Angel a buscar trabajo como actriz de telenovelas, él me brindó una exclusividad (por la cual siempre le estaré agradecida), y además me envió directamente –con uno de los más altos ejecutivos de Televisa– a hablar con el Profe Jiménez, para que me enseñara el arte de actuar en televisión. Porque yo venía de estudiar y hacer teatro, “y los que vienen del teatro luego exageran mucho”, dijo el Sr. Azcárraga, “y Sergio sabe controlarlos muy bien.” Así que el día que entré a su taller por primera vez, El Profe me recibió de inmediato, y me invitó a sentarme con él en su oficina para platicar. Me preguntó sobre mí. Le respondí que había estudiado en el Núcleo de Estudios Teatrales con Raúl Quintanilla, y luego había tomado clases con Héctor Mendoza y con Ludwik Margules. El Profe Jiménez me escuchó con atención, asintiendo, y luego me explicó que en su taller tal vez me sentiría un poco rara, porque él enseñaba justo lo contrario a lo que había aprendido yo hasta entonces: y me explicó que su lema de “Stanislavsky no existe” venía de su oposición a técnicas actorales como las que manejaban Margules y Mendoza, por supuesto, y que él estaba en total desacuerdo con que un actor sufriera de verdad para hacer bien su papel. Y sí, en efecto yo me sentí rara, porque iba a enfrentarme contra todo lo que había convertido ya, a fuerza de costumbre y disciplina, en mis armas de trabajo escénico.

Sergio Jiménez se mostró muy correcto conmigo, complacido de descubrir que yo estaba cursando una carrera universitaria (“es que ya ves que aquí nadie lee, mi hijita”, me dijo), y entonces empezamos a hablar de James Joyce, de Nathaniel Hawthorne, de Herman Melville. Confieso que la sorprendida fui yo, al darme cuenta de que mi nuevo profesor era una persona muy culta y al mismo tiempo muy sencilla, sin aspavientos de grandeza ni de superioridad. De ahí que se hiciera llamar “Profe”: no quería que le dijeran “maestro” porque no tenía el título académico; él estaba contento con ser sólo un profesor. Eso decía. Y así mi Profe Jiménez y yo estrechamos manos y por los siguientes dos años fui su alumna, por momentos una de sus consentidas, y aprendí de él tantas cosas que esta mañana, cuando leí la noticia de su muerte, sentí una profunda pena. Lo recuerdo tan vívidamente, que es como si los siete años en que no lo vi, no hubieran transcurrido.

El Profe Jiménez tenía puntualidad militar para iniciar las clases, tanto las grupales como las privadas. Sí, había clases privadas, para las estrellas que estaban a punto de lanzarse a un protagónico, o los actores jóvenes en general que necesitaban un poco de ayuda extra con sus escenas. Ciertos alumnos regulares del taller teníamos de vez en cuando el privilegio de ser llamados a participar en estas clases mañaneras, y ayudar a pasar las



Sergio Jiménez

líneas de alguien importante para “la empresa” (como todos los empleados llamábamos a Televisa), y tener atención privada y directa del Profe y de la maestra adjunta, la ahora nominada al Globo de Oro, la espléndida actriz (y mejor ser humano todavía) Adriana Barraza. El Profe Jiménez y la Maestra Barraza eran un dúo dinámico de generosidad y fineza. Se turnaban para hacer los personajes, dar las respuestas, simular las cámaras, funcionar de apuntadores, en fin, lo que se requiriera. Y cuando me tocó el turno de empezar a tener papeles en pantalla, no dudaron en abrirme las puertas a las clases privadas varias veces: leían conmigo mis guiones, me ayudaban a analizar las escenas, a encontrar matices, a aprender a cuidar mi cámara y mi luz, cosa que es básica en un estudio de televisión. Con Adriana Barraza usé mi primer apuntador, prestado, en el foro donde grababan Imperio de Cristal, donde ella trabajaba. Fuera del set, se sentó conmigo a escucharme repetir las líneas que el apuntador dictaba, a ayudarme a digerir el uso del chicharito para que me resultara más orgánico. El Profe Jiménez y Adriana Barraza llevaban su labor de enseñanza actoral fuera de las horas de clase no sólo al dedicarnos su tiempo en estas sesiones individuales, sino que además nos monitoreaban en el foro donde estuviéramos trabajando, y de pronto hasta iban a buscarnos a darnos consejos en medio de una grabación, para mejorar nuestro trabajo. Y hablo en plural porque no era yo la única de sus alumnas para quien hacían esto. El día que el Profe me dirigió en un capítulo para Mujer, casos de la vida real, me sentí tan protegida que lamenté mucho cuando la grabación se terminó.

Lo que hacía diferente al Profe Jiménez de los otros maestros de actuación que tuve –excelentes todos, cada uno a su manera–, es que el Profe nunca permitió que hubiera una ofensa o un insulto o siquiera una mala vibra dentro de la clase. Los ejercicios no eran competencia para lucirse ni para ver quién era mejor actor, sino un verdadero intento por aprender cosas y ponerlas en práctica. Nunca, en los dos años que estuve en su taller, escuché una crítica destructiva, incisiva. Uno podía arriesgarse con confianza, experimentar sin miedo, y de eso me parece que se trata una buena clase de actuación. Ah, pero el Profe no era ningún barco ni era dejado, quiero aclarar. La única vez que una estrellita intentó faltarle al respeto, el Profe muy tranquilamente le dijo algo así como “mira, mi hijito, yo llevo treinta años en esta carrera y sé de

lo que te estoy hablando. Cuando tú lleves treinta años en esto, me hablas como si fuéramos iguales.” Le aplaudí en mis adentros.

Una vez el Profe me contó cómo empezó su carrera. El había crecido en la Colonia Guerrero y le encantaba ir al cine, así que ahí tuvo su primer trabajo: en un cine de su colonia. La historia de cómo pasó de ahí a ser un actor reconocido a nivel internacional es fruto de un trabajo incansable y de una disciplina samurai que se le notaba. Le gustaba al Profe decir que era autodidacta, que le habría encantado estudiar formalmente pero no había podido, y por eso leía todo el tiempo. Le gustaba también contarnos de sus experiencias haciendo películas, como Los Caifanes, o Cascabel: nunca voy a olvidar la tarde en que narró los dos días de grabación que tomó hacer la escena donde aparece cara a cara con la víbora.

El Profe nos contó en una clase, a propósito de una escena que íbamos a trabajar, acerca del día en que perdió a su padre. Me acuerdo claramente porque me conmovió mucho. El estaba grabando fuera de la ciudad cuando le avisaron que había fallecido, y lo primero que pensó fue “qué día tan extraño”, y con ese pensamiento regresó a la Capital a hacerse cargo del entierro. Qué día tan extraño porque todo marcha como siempre, pero yo ya no tengo a mi padre, y ya nada será igual jamás. Y por eso hoy, en que le dedico estas líneas a mi querido Profe, yo también pienso “qué día tan extraño”, en que México pierde a uno de sus mejores actores de teatro y cine, a uno de sus mejores directores de televisión, y decididamente a uno de sus mejores maestros de actuación. Aunque claro, ya no daba clases: en Televisa son muy celosos y los encargados del Centro de Educación Artística no soportaban que el Profe les diera competencia pesada (porque cualquiera que sepa del asunto, está enterado de que los actores del CEA no eran nunca tan buenos ni estaban tan bien preparados como los del taller del Profe Jiménez), y por eso el taller cerró tras la muerte del Tigre Azcárraga. Me dio mucha rabia cuando me enteré, pero entonces ya me había casado, vivía fuera de México, y mis días haciendo televisión estaban lejos.

El Profe Jiménez, cuando hablaba de alguien que ya hubiera fallecido, alzaba la mirada y decía “que en paz esté donde esté.” Ahora yo, desde Toronto, alzo los ojos y le doy las gracias por todo lo que aprendí de él, por su generosidad y por su apoyo, y le digo “querido Profe: esté en paz donde esté.” ■